

Ediciones de folletos de **La Revista Blanca**

a 20 céntimos ejemplar

LA ANARQUÍA AL ALCANCE DE TODOS, por
Federico Urales.

LA SOCIEDAD FUTURA, por *Soledad Gustavo.*
EN TIEMPO DE ELECCIONES, por *Malatesta* y
EL ABSURDO POLÍTICO, por *Paraf-Javal.*

DOCE PRUEBAS DE LA INEXISTENCIA DE
DIOS, por *S. Faure.*

LA RELIGIÓN Y LA CUESTIÓN SOCIAL, por
Juan Montseny.

LA ANARQUÍA ANTE LOS TRIBUNALES, por
Pedro Gori.

ENTRE CAMPESINOS, por *E. Malatesta.*
LA PESTE RELIGIOSA, por *J. Most* y DECLARA-
CIONES DE ETIEVANT.

¿QUÉ ES LA ANARQUÍA?, por *Luis Fabbri.*
LAS BASES MORALES Y SOCIOLÓGICAS DE
LA ANARQUÍA, por *Pedro Gori.*

LA ANARQUÍA EN EL ATENEO DE MADRID,
por *Federico Urales.*

LOS ANARQUISTAS ANTE SUS JUECES, por
Ravachol, Henry, Angiolillo, Vaillant, Kropotkin
y *Spies.*

LOS MUNICIPIOS LIBRES, por *Federico Urales.*
EL CLERO, SU ORIGEN, SUS VICIOS Y SUS CRIMI-
NES, por *Joaquín M. Bartrina.*

OYE, HERMANO EXPLOTADO por *Hugo Treni.*
EL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO, por *P. Kro-
potkin.*

JUAN MISERIA, por *Juan Grave.*
LA MEDICINA Y LA MISERIA, por *E. Z. Arana.*
SINDICALISMO Y ANARQUISMO Y POLÍTICA
Y SOCIOLOGIA (juntos), por *Soledad Gustavo.*

FEDERICA MONTSENY

La mujer,
problema del hombre

C.D.E.S.-A.E.P.
Barcelona

EDICIONES DE
LA REVISTA BLANCA

FEDERICA MONTSENY

355

La mujer,
problema del hombre



12159

EDICIONES DE LA REVISTA BLANCA
GUINARDÓ, 37 - BARCELONA
1932

LÉASE
LA REVISTA BLANCA
la más hermosa de las revistas

IMPRESOS COSTA: Asalto. 45. — Barcelona

Con motivo de la creación, en Madrid, de un Club femenino, el siempre ecuaníme *Andrenio* publica un artículo en «La Voz», hablando del cambio de costumbres, mejor dicho, de la evolución de las costumbres, que ha permitido a un núcleo de mujeres cultas españolas fundar un *Lyceum* femenino sin peligro de servir de protagonistas a sainetes y a chascarrillos, con más frecuencia estúpidos que graciosos.

El hecho de que *Andrenio* hubiese visitado ese Club en compañía y por invitación de una joven abogada madrileña, parece demostrar que no se trata de un «Sólo para mujeres», prolongación femenil y voluntaria de los gineceos trasladados a la vida colectiva y de sociedad.

Pero el objeto del *Lyceum* está aún ajustado a la rancia moral española. Es un apartado femenino, responde al mismo espíritu que separa los sexos en las iglesias y que pretendió separarlos en los cines, teatros y casi, casi, en las calles.

El Club se ha creado para que las señoras tengan un *hogar social* suyo, un punto de reunión discreto y a salvo de los celos del marido, los temores del padre y la susceptibilidad propia, muy interesada en guardar las formas. No sé si entre sus estatutos entra la prohibición de entradas varoniles en este hogar social. Creo que no. Pero, desde luego, la sola creación de este Club femenino español, genuinamente español, demuestra que harían mal en ridiculizarlo los clásicos que mantienen la buena tradición de «la mujer,

la pierna quebrada y en casa», de que hablaba *Andrenio*.

La promiscuidad, la fraternidad, la franca camaradería de los sexos, es algo que está fuera de la mente de las españolas y lejos de la mollera de los españoles. Quizá sea de ello causa la raza, el sol nuestro, que calienta más que el pálido sol nortefío. Preguntad a una muchacha estudianta, a cualquier fémína que haya hecho vida común con hombres, sin tener al lado la clásica «carabina», si ha podido poner en práctica la camaradería de los sexos, y os informará, contenta, indignada o escéptica, según sus ideas y su temperamento, del natural tenorioesco de los varones de la raza hispana.

Estas mujeres, la mayoría mujeres de mundo, que han viajado y vivido, unidas para fundar en Madrid el *Lyceum* que me ocupa, quizá saben el terreno que pisan. Quizá no hay en ellas tampoco audacia ni franqueza suficientes para fundar un Club bisexual, un Club libre, un Club que brinde un momento de expansión cordial, de verdadera y bella camaradería de sexos, a hombres y a mujeres, camaradería que es el único factor que establecerá un conocimiento íntimo, que descubrirá los sexos el uno al otro en sus matices diversos, superiores, insospechados, íntimos y morales; que los descubrirá noblemente, fuera del brutal descubrimiento que una moralidad salvaje y profundamente inmoral impone.

Porque los sexos aun se han de descubrir mutuamente. El hombre es el enigma de la mujer y la mujer el enigma del hombre. Lo es hoy aun más que ayer. ¿Ha de ser así siempre? ¿Tan diferentes son los hombres de las mujeres y las mujeres de los hombres, para que jamás pueda llegar la identificación total, el absoluto conocimiento, para que jamás los secretos de las dos esfinges sean descifrados? Por el con-

trario, la ciencia nos demuestra las analogías, la misma superposición de los sexos; cuán difícil es establecer, fuera del dominio externo, la diferenciación interna de los dos gérmes. Moral y prácticamente, se ha demostrado también la identidad de capacidades, que igualan a los dos sexos para el disfrute de idénticos derechos.

No hay enigma. No hay, no puede haber enigma. Y, sin embargo, el enigma existe. Se ha planteado distintamente en la época moderna al adquirir la mujer personalidad propia. No nos comprendemos, quizá porque no sabemos explicarnos, porque en ningún hombre ni en ninguna mujer ha habido la suprema franqueza y la suprema audacia de ser francos.

...

AEP - CDMS
BARCELONA

Y el problema no es sólo español. Es universal. Hasta Francia, la *gaie* Francia; la Francia que tiene nombre de mujer y sonrisa femenina, la Francia cuyos cetros intelectuales, morales y políticos han estado siempre intervenidos por blancas manos de mujer, Francia también, en el teatro, en la novela, en el libro, discute el extraño problema que es la mujer moderna para el hombre.

Se lleva a la literatura las diferentes manifestaciones de la nueva personalidad femenina. Abogadas y doctoras son pasto de las plumas que sobre ellas emborronan cuartillas, después de haberse ensañado a su gusto en las «*femmes de lettres*». Estos son los tipos ridiculizables y discutibles para los hombres. Pero de la crítica y de la voracidad literaria tampoco escapan las pobres mujeres que se ganan la vida valerosamente,

que conquistan el pan propio y el de sus hijos; otras una libertad harto restringida y dolorosa.

Una mujer que trabaja, estudia, cura, enseña o escribe, para los hombres es *compleja*: desde luego poco femenina. Anatole France se burlaba de los dedos sucios de tinta de las hadas literarias que dejaban de ser hadas al convertirse en «diteratas». Mme. Arman de Caillavet, su exquisita amiga, hubo de publicar en secreto, bajo un seudónimo y con auxilio de un amigo discreto e incondicional, un cándido volumen, acción que sólo resultaba delictiva porque el pobre fruto de su ingenio era harto insignificante. Mme. Arman de Caillavet fué el guía, el consultor literario de Anatole France. Pero sólo continuaría siéndolo a condición de que permaneciese amante y musa. Los dedos de rosa podían mancharse de tinta con los borradores de su insigne amigo; escribiendo obras propias, ¡jamás!

Hoy París asiste, en el teatro de la Renaissance, a las repeticiones de una obra, «La Vocación», que es un tono nuevo, modernizado y parisienizado, es decir, hecho más amable y más piadoso y más humano, en el fondo quizá más cruel, de los cuentos y obrillas que el ingenio de Tabogda ayer, de Fernández Flórez hoy, basaron en ese tema inagotable de la mujer llamada, despectiva y con frecuencia injustamente, «intelectual». Una «intelectual» o un «intelectual» son, en realidad, seres perfectamente ridículos, algunas veces abominables. Una o un «intelectual» son entes esmirriados, que llevan gafas ahumadas, carecen de sexo y están cargados de vanidad. De inteligencia, frecuentemente ayunos. Pero no es posible llamar intelectuales a los hombres ni a las mujeres de verdadero talento, que engalanan a la especie humana con sus figuras y que han servido a la causa de la Huma-

nidad, poniendo muchas veces junto a los oprimidos su prestigio y su esfuerzo.

Tampoco es posible llamar intelectuales a estas mujeres generosas y esforzadas, desbrozadoras del camino humano, que han llevado a la ciencia, al trabajo cotidiano, a las especulaciones filosóficas, a la labor de forja de la enseñanza su nota amable, su actividad y su instinto embellecedor y materno, que sólo pueden ser ridiculizadas por seres de baja condición moral, figuras femeninas que merecen el nombre de bienhechoras, de heroínas, de madres del presente y del porvenir.

Y, sin embargo, encuentran en el hombre en general, en todo el ambiente masculino, una animosidad inconsciente y secreta. Y, cuando no, una actitud de expectación y reserva, quizá una incompreensión aun agrandada. Vense convertidos en nuevos enigmas, o en un enigma renovado y prolongado. Para el hombre, la mujer que cuida a los hijos, le cose la ropa, le lava los platos, le hace la cama; la otra mujer que le vende sus caricias; hasta la misma coqueta que juega con su corazón, no son tan enigmas como esta mujer meridianamente clara, que se gana la vida, que la emplea en un fin que tiende al bienestar y al adelanto social, que ha conquistado valerosamente, con frecuencia dolorosamente, su independencia, el derecho a disponer de sí.

Hace pocos días, una abogadita parisiense intentó suicidarse. Por fortuna, su cobardía no fué coronada por un triste éxito. En el fondo de ese intento de suicidio se percibe un pobre drama de amor; un episodio, que pudo ser trágico, de ese problema que cada día adquiere nuevos aspectos. La abogadita, al conquistar con su carrera su independencia económica, perdió el derecho a ser feliz. Como ella, ¡cuántas otras!

Poco valientes para sobreponerse al ambiente, poco audaces para despojarse de la rémora oscura, de las

influencias burguesas, apréstanse a crear una nueva categoría de mujeres: las que plantearán el problema en su aspecto más angustioso y más absurdo.

* * *

He titulado este artículo «La mujer, problema del hombre». Sobre este tema pienso desarrollar otros. Puede desarrollarse todo un estudio, todo un tratado de humanidades.

La mujer es hoy el problema del hombre. Es el hombre mismo el que la convierte en problema. El enigma, en vez de simplificarse, se complica, se hace más hermético; indescifrable, quizá.

Hasta ahora la mujer había sido «lo que el hombre quería que fuese». Hoy es, ha de ser, será cada día más, lo que ella quiera ser. ¿Qué importa que al principio su paso sea vacilante, su personalidad confusa, la vida libremente vivida por ella con frecuencia errónea, sus mismas ideas sobre sí misma equivocadas? Está aprendiendo a andar sin andaderas. Hasta ahora, sus andaderas, andaderas forzadas, contra las cuales se rebelaba como podía, habían sido el hombre.

Una mujer hecha al gusto masculino, forjada por él, muñeca en sus manos, imbuída de las ideas que el hombre le inculcó desde la cuna, cohibida por una religión y unas costumbres y unas morales por hombres creadas, para él elásticas y vulnerables, despiadadas e inflexibles para la mujer, sólo era enigma y problema por sus rebeliones impotentes, por sus venganzas con frecuencia terribles, que con las propias manos del hombre se tomaba. Venganzas de débil, venganzas traidoras, pero humanas y legítimas. ¿Hay más

humana y más legítima venganza para una mujer joven y bella, casada con un viejo decrepito, sujeta a él, esclava de él por una ley y una moral inhumanas, que el adulterio, «la más sabrosa venganza»? La coquetería, la hipocresía, que tomaron para disfrazarse el nombre de feminidad, son otras manifestaciones de su rebelión. Pero así la mujer era *mujer*. Es decir, una gata voluptuosa, con frecuencia rabiosa, que ronroneaba y clavaba las rosadas uñas en el corazón. Así era *femenina*. Feminidad, ya lo sabemos, se llamó a la coquetería y a la hipocresía. Cuanto más coqueta y más hipócrita una mujer, más *femenina*. Las mujeres sencillas y valerosas y las que poseían y poseen un relieve personal, eran y son *temperamentos varoniles*.

Hombres de izquierda usan aún un ditirambo hiperbólico, hablando de una mujer muy inteligente: «Tiene un talento macho». En la literatura, una mujer que posea estilo propio y vigor y originalidad, que no sea cursi, en una palabra, «tiene un estilo macho». El estilo *hembra* es la cursilería y la vulgaridad.

Recuerdo estos detalles, insignificantes y que diariamente podemos comprobar, que corroboran la existencia de este problema grave, de este problema que cada día, a cada nueva afirmación de la personalidad femenina, se agrava. Del problema que es la mujer para el hombre. Del problema que debemos esforzarnos en solucionar, porque de su solución depende la dicha futura y el futuro desenvolvimiento de toda la especie, que está compuesta de hombre y mujer, y no de hombres y mujeres separados.

AEP - CDHS
BARCELONA

II

Este problema, que intento abordar, es en España, por ahora a lo menos, de difícil solución. Resuelto, sin embargo, en sus líneas generales, en su exterioridad, no resuelto en el fondo, espíritu y esencia de la cuestión.

Por resuelto lo dimos también nosotros, al crear la palabra «amor libre». Pero, ¿quién, hasta ahora, ha puesto en práctica el verdadero amor libre? El que hasta ahora hemos conocido sólo se diferencia en prescindir de la consagración religiosa y legal. Pero, aparte esto, continúa siendo la unión subordinada de una mujer a un hombre, unión más penosa, más coaccionadora de la libertad femenina, porque, al prescindir del beneplácito social, la deja, en la debilidad de su desorientación y del equivoco moral en que ambas morales la colocan, más a merced del varón. Es decir, el esfuerzo hecho al libertarse, casi siempre por amor, muy pocas veces por íntima convicción, del lazo matrimonial, la ofrece temerosa e indefensa al capricho masculino y ante la animosidad familiar y social.

Sé de algunas pobres mujeres que, de estar casadas en vez de estar unidas, hubieran ya abandonado al marido — marido, amo y señor y nada más — que las engañó con el espejuelo de una palabra hoy aun ilusoria. Y no se separan por el «qué dirán», por el orgullo doloroso de no dar motivos al enemigo para cantar victoria. Y no hablémos de ese otro amor libre que consiste en catar mujeres, abandonándolas al cabo de dos meses con la insolencia triunfante del seductor.

No hablémos tampoco, fuerza es decirlo, de ese otro amor libre, practicado por no pocas mujeres, que en nada se diferencia de la prostitución.

Tema delicado y difícil es este. Tema que requiere largos debates, y, desde luego, el paso progresivo de la vida y el combate continuo para lograr la consolidación de la personalidad femenina y la *humanización, naturalización* de los dos sexos.

El problema sexual sólo preocupa a los seres humanos. Bien es cierto que sólo ellos disfrutan de los beneficios de una *moral* sinuosa, múltiple y variable. La moral de los demás animales, simple y única, les exime de toda preocupación, les deja libres e independientes dentro del marco de la Naturaleza. Nosotros, seres superiores, vivimos encerrados dentro de los espesos muros de una serie de frases huecas, de vacíos conceptos, que han ido emitiendo cuantos, para su conveniencia propia, necesitaban echar un candado más en la cadena que nos ata. ¿Cómo desligarnos de esa serie de encadenamientos, cómo huir de esa superposición de actitudes morales que nos mantienen en el fondo de un enorme sepulcro?

¿Será preciso volver al *dadá* inicial, aplicar a la vida humana el caprichoso juego de palabras de un pasatiempo literario?

El problema, para los superficiales, los domesticados y los simples, no existe. Para los primeros, la vida humana y la palabra amor carecen de trascendencia. Para los segundos, animales domésticos, están perfectamente regulados dentro de las paredes de su gallinero, bajo la mirada benévola del juez, el cura y la opinión del mundo que ambos representan. Para los terceros, viven en una semiinconsciencia que les permite desenvolverse su vida, es decir: nacer, existir, procrear y morir, mecánicamente.

El problema sólo se plantea para los inquietos y los

inadaptados, para los que *viven*, en una palabra. Para los que, en otro mundo, ante otra moral, *ante ninguna moral*, poetizarían, impulsarían y crearían la vida maravillosa, diversa y múltiple del sentimiento, la sensibilidad y el intelecto, la vida intensa y completa de la insaciable sed y el hambre infinito.

AEP - CEMHS
BARCELONA

No obstante, me doy cuenta de que, abandonando la idea central que me hace escribir estos artículos, me enfrasco en una serie de consideraciones que desvían la atención del lector del tema propuesto.

La mujer, indiscutiblemente, es hoy un problema para el hombre. Un problema múltiple y diverso, en cualquiera de sus fases y en todas sus manifestaciones vitales. No hablemos ahora del distinto problema que es el hombre para la mujer.

Algunas veces, conversaciones oídas y mujeres observadas, me sugirieron un pensamiento singular: Admiré profundamente que, un mundo en donde la mayoría de las mujeres son tan estúpidas, hubiera dejado, relativamente, por lo menos, un considerable lastre de estupidez en el correr de los siglos.

La mujer, por causas fácilmente explicables, de las que el imperativo sexual es de las principales, es, inconscientemente, el eje del mundo. Su influencia sobre el hombre, desde la infancia hasta la edad madura, resulta considerable. Todos hemos visto hombres formales, muy dueños de sí, inteligentes y capaces, perder los estribos ante la sonrisa insinuante de una mujer coqueta. Todos sabemos que, en el fondo de la historia de todos los pueblos, la mano femenina ha detentado unas extrañas e invisibles riendas. Y esto,

siendo esclava; y esto, mantenida en la ignorancia, bestia de placer o máquina incubadora de hijos. Y, como es natural, esclava, ha esclavizado; embrutecida, ha embrutecido; debilitada por leyes y morales, sólo ha pensado en debilitar a su tirano, que, mientras con una mano la encadenaba, con la otra cedía a todos sus caprichos y habilidades de gata mimosa.

En países como España, en donde la mayoría de las mujeres son semianalfabetas, en donde muchas lo desconocen todo, criadas para el hogar, siervas del cura, sacerdotisas del dios «qué dirán» y de la diosa «costumbre», cerradas a toda innovación, sin más horizontes que el matrimonio y la procreación de unos hijos para los que ninguna preparación reciben, de los que únicamente pueden ser *la madre*, adorada con un poco de piedad y de sentimiento protector; pero, a pesar de todo y por encima de todo, dominando y desequilibrando al hombre con una sonrisa, con una mirada de coqueta o de virgen maliciosa e hipócrita, en España, repito, admiremos el progreso habido y sorprendámonos de no oír aún, por la noche, el paso lúgubre de la Hermandad del Santo Oficio y de que no veamos aún apedrear a las mujeres adúlteras.

Porque ningún hombre es tan terrible y riguroso en esa materia como una mujer. A este respecto me acude a la memoria que, con motivo de un adulterio famoso en Madrid — no recuerdo exactamente los nombres; sé sólo que ella se llamaba María de Lourdes, que el esposo los sorprendió infraganti y que el cobarde amante la abandonó a las balas del marido —, fueron las mujeres las más iracundas, las que con más furor celebraron la muerte de la pobre amadora y la absolución del esposo asesino. Hace ya años de esto. Recuerdo que yo era una adolescente, que aun no había tenido motivos para que me preocuparan estas cuestiones y que aun no había pensado en juzgar y ob-

servar. Sin embargo, me exasperaba oír los juicios de las mujeres que hablaban del hecho, que tuvo mucho eco, por la condición social de los protagonistas del suceso. Me desesperaba no comprendiendo su saña contra la infeliz muerta, cuyo único delito había sido amar, y me desesperaba más, oyendo dar la razón al marido, al macho dominador, que mató a la mujer porque era *su propiedad*. Recuerdo también la indignación que entre un corro de coléricas y pudibundas mujeres produjeron unas palabras mías, que juzgaron insolentes e impropias de mi edad. No hice más que repetir una frase de Jesús: «El que esté limpio de pecado, que tire la primera piedra».

¿Pero cómo hablar, cómo convencer a una mujer encerrada dentro de sí misma, llevando en ella el atavismo de mil generaciones, naciendo con el cerebro convertido en disco emisor de la serie de conceptos que, en el correr del tiempo, en él fueron estampados? ¿Cómo luchar contra el espíritu invisible de millones de seres, contra ese algo impalpable e indefinible que llaman el medio ambiente?

Yo admiro sinceramente al hombre que logra, a vuelta de razonamientos, poco a poco, a fuerza de una propaganda difícil y extraordinaria, hacer de una muchacha española su compañera. Lo admiraría más, si fuese capaz de ser digno de su obra, si la supiera continuar. Admiro al que logra serlo y continuarla. Pero, en estas conversiones laicas, el amor es casi siempre el autor único. Bendigámoslo, si la conversión ha sido algo más que un espejismo de los sentidos, si no ha sido sólo una lucha un poco tonta entre dos astucias y dos deseos.

* * *

El trabajo que hay que hacer, trabajo abandonado, del que se preocuparon y se preocupan muy poco cuantos planean la sociedad futura y cuantos discuten los problemas post-revolucionarios, es mayor y más difícil de lo que a simple vista parece. Yo sonrío leyendo las elucubraciones de los teóricos, los profundos pensamientos de los filósofos, las trascendentales conclusiones de los pensadores, y pienso que todo aquello: teorías, pensamientos y conclusiones, estadísticas y planos, sistemas filosóficos y enunciados sociales, puede borrarlos, destruirlos, convertirlos en frases y meras utopías, una mirada femenina.

Y junto a esos planes, a esas estadísticas, a esas consideraciones y organizaciones de sociedades, veo yo una casa y una mujer y unos hijos. Una mujer ignorante, obtusa, cerrada al progreso; una mujer que rezará mientras el hombre se bata; una mujer que transmitirá a los hijos todos sus prejuicios y supersticiones, su debilidad milenaria de ser desconocedor de la Naturaleza y de la Vida; su miedosa mentalidad de salvaje, para el que el relámpago es un rayo de la cólera de Dios y el trueno su voz que retumba. Una mujer para la que no existirán grandes causas; que no sentirá los ardores y los entusiasmos ideales de su *partenaire* en la comedia de la vida. Una mujer que no se preocupará de la sociedad futura, para la que el porvenir se reduce al inmediato mañana, en que habrá de ir a la compra y hacer la colada. Una mujer que será, sin embargo, la que moldeará los hijos del hombre; la que, Dios supremo, los hará a su imagen y semejanza.

¿Servirán de algo los planeamientos de sociedades futuras, las estadísticas y los cálculos, la misma sangre generosa que por ello se derrame, ante esa fuerza muerta poderosa, ante esa potencia negativa, ante ese terrible e incalculable factor de retroceso, cadena que nos liga al ayer, que nos enlaza al pasado obscuro,

AEP - CDHS
BARCELONA

que nos transmite la mentalidad del salvaje y un temor eternamente pueril?

No, no servirán de nada. Al lado del teórico, del pensador, del filósofo, del revolucionario, para los que la palabra *mujer* desaparece unida a la abstracción *hombre* o *ser humano*, es preciso, es imprescindible, que vaya un sembrador singular y sutil, un maestro en una ciencia nueva, un ser quizá inencontrable y semidivino que recree y rehaga, que refunda, que despierte, que llame al cerebro cerrado.

En mí estas palabras sorprenderán un poco. Nadie ha defendido más a la mujer; nadie siente con más intensidad la solidaridad y el orgullo del sexo; nadie cree más que yo en la personalidad femenina, que ha de ser cada día, que es ya cada día, más firme, recta y clara. Pero yo me doy cuenta del estado moral de mi sexo, de la gran labor, difícil y extraordinaria, que tenemos por delante. Difícil y extraordinaria, porque es precisa una creación personal e íntima, una autodidaxia, una autovivificación femenina. No creo en Pigmaliones creadores de mujeres ideales, en Andreidas frías y mecánicas, despojadas del atributo sublime de la pasión y sus locuras sobrehumanas. Por esto he dicho que es preciso un sembrador singular y sutil, un maestro en una ciencia nueva, un ser quizá inencontrable y semidivino...

La tarea es ardua y la labor lenta. Y debemos empezar por convencer de la necesidad de ella. Yo ya estoy convencida. Convencida, porque sé la influencia de mi sexo, decisiva, fundamental y absoluta. Sé, y lo repetiré hasta la saciedad, que todo esfuerzo se estrellará, impotente e inútil, si no se ha resuelto antes el problema trascendental, definitivo, que son la mujer para el hombre, y el hombre y la mujer para la Vida toda.

* * *

Estos artículos, que continuaré, quizá no guarden la necesaria correlación. Los escribo al correr de la pluma, sin plan determinado y exponiendo los pensamientos que he ido acumulando, mediante una observación continua y directa. Quizá un día, enriqueciéndolos con nuevas observaciones, con un nuevo caudal de experiencia y de mayores consideraciones, los refunda y los una, ampliándolos en longitud y en esencia.

III

Sé de antemano cuán inútil tarea he emprendido. Inútil, porque mi pobre pluma no obrará el milagro de despertar en la mujer esa personalidad, esa conciencia de su misión, que son condiciones previas y precisas para que ocupe en la vida el lugar que la pertenece.

Pero con ello cumplo la misión mía; hago el descargo de mi conciencia, y al servicio de mis convicciones y de mi sexo pongo la pasión, la tenacidad y la voluntad que son norma de mi carácter.

Además, si todos estamos de acuerdo en que no ha de ser el hombre el que moldee a su gusto la personalidad femenina; si todos reconocemos cuán difícil es juzgar a un sexo desde el otro; si nos rebelamos contra la milenaria intromisión masculina en nuestra intimidad mental, tanto como en nuestra vida de relación exterior y colectiva, sin que ello signifique absurda lucha de sexos, necesario es que seamos las

mujeres las que, de mujer a mujer, discutamos y resolvamos nuestros problemas.

¿Quiere decir esto exclusión del hombre en nuestra vida y separación de los problemas de ambos sexos? De ninguna manera. Pero el hombre ha de mantenerse al margen de nuestras discusiones, cuando éstas sólo atañen al problema *exclusivamente* femenino. Es decir, cuando se trata de determinar las inquietudes, las nuevas modalidades, las nuevas formas de existencia moral y social femeninas. Cuando llega a abordarse el problema del amor, común a ambos sexos, entonces el hombre es parte interesada e imprescindible.

¿Pero el problema del amor será algún día solucionado? Lo dudo. Se solucionará en seres aislados; ha habido, hay y habrá siempre seres que, al margen de toda moral, lo tuvieron, lo tienen y lo tendrán resuelto. En realidad, esos seres son los verdaderos amorosos, los que conocen la exacta modalidad del amor.

Para ello les ha sido preciso colocar al amor al margen de toda moral y de toda verdad de época. En realidad, el amor está por encima de toda ética. En el amor, como en el arte, la moral no puede existir ni existe. El amor, instinto e intuición pura, expresión la más sabia y la única absoluta, dentro de su relatividad infinita, de la vida, atiende sólo a su imperativo categórico, a su ley informada e irresistible. ¿Qué norma, qué valla vale contra su fuerza poderosa e instintiva? Además, está fuera de todo cálculo, de todo molde, de toda deducción, de toda consecuencia, de toda ley de causalidades. Es espontaneidad completa, irreflexión deliciosa y eterna.

Eso es el amor en sí; el amor fuera de toda moral, de toda razón distributiva, de todo vano intento regulador. Pero este estado de gracia del amor cesa casi automáticamente luego de cumplida su misión suprema, luego que el camino no puede ofrecer ya más

sorpresas. Mantener latente el amor, una vez cesado e incentivo del secreto, una vez conocidas todas las modalidades amorosas del *partenaire*, ¡cuán difícil es; cuán peligroso! Indiscutiblemente, ¡qué excepcionales condiciones, qué tacto exquisito, cuán imposible delicadeza, belleza moral común y tolerancia mutua exige!

Se ha dicho y repetido que el mayor adversario del amor es el matrimonio. El matrimonio es la tumba del amor. Jamás se dirá verdad tan verdadera. Lo es, no tan sólo por su coacción insoportable, sino porque no hay amor que resista a la convivencia permanente. Antes del amor logrado, esta convivencia es ilusión; después, plenitud; al fin, hastío. Cuando hay buena voluntad y aprecio al margen del amor mismo, el amor se convierte en amistad dulce, en cariño mecánico, más lejos del amor que el mismo odio. Si en el fondo del amor no hubo aprecio, si no hubo más que deseo, nos hallamos en presencia del verdadero infierno. Y quien esto diga del matrimonio ha de decirlo de toda unión a base de la convivencia.

¿Cuál será, pues, el porvenir del amor? Rechazo desde luego el comunismo amoroso y con igual energía esa nueva modalidad de la camaradería amorosa, preconizada por Armand en Francia. Eso, lejos de un adelanto, representa un retroceso; lejos de un paulatino individualizamiento de la vida humana, es decir, de una descongestión paulatina, de un desplazamiento del cuerpo sociedad hacia la célula individuo, representa una uniformidad, la vulgaridad en amor, la muerte de la ilusión amorosa y la imposibilidad de la selección natural, que la sabiduría del amor realiza concienzudamente.

Sobre cuál será la forma amorosa del porvenir, no pueden hacerse juicios. En cada individuo, el amor tiene una manifestación, una variedad y un concepto.

AEP - CDHS
BARCELONA

Cada individuo escoge su pareja, o la busca, renovándola o no, según su temperamento, de acuerdo con su variedad y su concepto. En una sociedad que deje desenvolverse libremente a los individuos, esa busca hacia el logro supremo poseerá más nobleza y más atractivos. Y aunque no pase de busca eterna, porque tras una ilusión viene otra y la variedad de hoy no es la misma variedad de mañana, carecerá del dolor y los tintes angustiosos y sombríos con que hoy atormenta las mentes y los sentimientos.

Desde luego, partamos de la base de que el hogar irá desapareciendo poco a poco. La vida se irá individualizando, a medida que las condiciones sociales liberten a los hombres y a las mujeres de la necesidad de unirse para el mutuo apoyo. La familia subsistirá, y con ella la forzosa sujeción de la mujer, mientras el porvenir de los hijos dependa de los padres, mientras la vida de los pequeños no esté garantizada en todo momento por el desarrollo armónico de las libres actividades humanas.

Entre los animales, los hijos, indistintamente, están bajo la custodia de la colectividad. Mientras viven los padres, o la pareja, llámese de monos, de leones, de golondrinas o de lobos, permanece unida, los hijos dependen de ellos. Si la muerte o las necesidades de la vida separan la pareja, la colectividad se hace cargo inmediatamente de la madriguera, cubil o nido. Lección de moral que la Naturaleza continuamente nos da, de la que Kropotkín nos presenta múltiples ejemplos en su «Ética» y que los hombres, pretendido último peldaño de la escala zoológica, tan mal aprovechamos.

En el orden social presente, el amor necesita basarse, para llegar a su fin natural, la prolongación de la especie, en la ayuda mutua de los dos cónyuges ante los hijos futuros. La ayuda significa unión; la

unión, para subsistir, exige la sumisión de uno a otro. Según las características de la mujer y el hombre, la sumisión es femenina o masculina. En unos casos es la mujer la que, como vulgarmente se dice, lleva los pantalones. Pero, por regla general y por consecuencia social, la sumisa es la mujer; y es su doblegamiento el que mantiene el frágil y triste edificio de esa unión, tan falsa y tan inmorral si se llama libre como si se llama matrimonio.

Dejamos, pues, sentado, que se tiende, necesariamente, a la desaparición del hogar, al individualizamiento de los individuos, varón y hembra. Para esa desaparición y para ese individualizamiento, nos será preciso contar con un nuevo tipo de mujer que no sea el tipo de la mujer corriente.

Y en este momento empieza a feminizarse el problema; es decir, a ser de la exclusiva incumbencia de nosotras. Lo que intentaré discutir yo en este y en sucesivos artículos, haciendo constar que luego los hombres habrán de discutir y determinar el tipo de hombre que lleve a la práctica la nueva forma de vida, forma que no olvidemos depende, ante todo, de la transformación del presente orden de cosas.

*** AEP-CDHS
BARCELONA

Las necesidades de la vida moderna, el enorme contingente de solteras que la guerra, disminuyendo el número de hombres por una parte, y la cada día mayor repugnancia del hombre a encadenarse por medio del matrimonio, de otra, produjeron y producen, han sacado a la mujer moderna del hogar, obligándola a ganarse ella misma la vida; es decir, a tener, con estos deberes, derechos nuevos: más libertad, menos nece-

sidad de someterse al hombre, un poco más de independencia moral.

Pero no nos hagamos ilusiones. La mujer, con el cambio, poquísimos ha ganado y poquísimos hemos ganado nosotros. Ha salido del hogar, para entrar en el taller y en la oficina; se ha emancipado del *pater familias* y la potestad marital, para hacerse esclava del burgués. Su libertad, muy relativa, le cuesta la dicha del amor y el próximo porvenir de desamparo sentimental y económico en que la falta de hijos la dejará. Y moralmente nada hemos ganado, porque esta emancipación ha sido, no voluntaria, sino forzada, y son muy pocas las mujeres que, libertadas de la tiranía del hogar, no sueñen con el matrimonio.

Por el contrario, las que, tomando tal como han venido los acontecimientos, han hecho uso de su libertad, la emplean tan mal, que nos han puesto en el dilema de pensar que la mujer no es digna de la libertad porque no sabe hacer uso de ella.

Durante bastantes años seguidos, han estado atornándonos con las excelencias de la mujer francesa. Al fin de cuentas, todos nos la hemos dado de lo que era la supuesta despreocupación moral de la mujer gala y su supuesta libertad. La que se sale del tipo común de la mujer europea, en poco o en nada diferenciado de la española, utiliza su libertad, limitándose a hacer uso de su cuerpo en beneficio del que pueda garantizarla un bienestar material, y su despreocupación se limita, asimismo, a vulnerar las condiciones del innoble pacto, manteniendo, con el dinero del *pagano*, vulgares *entretenidos*, que en sociedad deben constar como perfectos hombres honrados. En cuanto a la también supuesta mujer libre de nuestros medicos internacionales, ¡por favor, no hablemos de ella! Vale más no meneallo. Existen excepciones nobles, pero, ¡cuán escasas!

La tarea, pues, está *toda* por hacer. No tenemos ni un patrón sobre qué cortar el figurín, ni debemos hacernos la ilusión de que ese figurín será perfecto. Será, probablemente, un borroso esbozo, sobre el que la vida irá corrigiendo perfiles, agregando nuevas materias. En su confección habremos de intervenir todos. Cada uno dará una idea, expondrá una duda, señalará un defecto. A fin de cuentas, el figurín será irreconocible... y la realidad quizá otra muy distinta.

Pero he de hacer la advertencia previa de que yo no trato de dibujar, en líneas generales, un tipo único, ni me propongo perder el tiempo, poniéndome en dómime y trazando ajenos caminos. Me limitaré a exponer una opinión puramente individual, un juicio cuyo derecho a ser emitido nadie puede discutirme. Y aun ni eso haría, si otras mujeres en España me hubiesen tomado la delantera. Mas las mujeres que hasta ahora se ocuparon sistemáticamente de estos problemas limitáronse a remedar a sus compañeras del extranjero y nos han elaborado unos figurines de mujeres con las que, de ser reales, la vida sería imposible. De la cursilería hemos saltado al tipo americano, ridículo tipo de modernidad del que todos debemos llamarnos a engaño. Porque tipo americano quiero decir lo que Nettlau llamaba hombre y mujer intercambiables. Es decir, tipo único, uniformidad insoportable.

Por algo el pelo corto es moda importada de Yankilandia, aunque luego naturalizada francesa. Uniforma a todas las mujeres, las quita ese relieve personal, ese tipo inconfundible, ese rasgo determinado y determinante de gustos, de instintos estéticos, de aficiones, ese reflejo exterior del alma íntima, que hace *no cambiante* un tipo de mujer con otro. El pelo corto iguala a todas las cabezas. Y ¡cuán cierto es que todas son igualmente de chorlito! Además, es una nueva sumisión a la tiranía en sus diversas formas; y su-

misión precisamente a la forma más estúpida de la tiranía: la moda.

Por rebelión instintiva, por franco instinto de resistencia a toda uniformidad, a toda monotonía, por odio a los llanos, a las planicies desoladas y estériles, sin sombra ni promontorio alguno, incluso por espíritu de contradicción, de obstinada contracorriente, tendrá en mí el pelo corto una resuelta adversaria.

Pero si continúo por este camino, este artículo se convertirá en uno de esos temas cursis discutiendo: «¿Cómo le gusta a usted más la mujer? ¿Con melenita o sin ella?» Por mi parte, me tienen sin cuidado las melenitas y las cabezas mondas ajenas; esas cabezas que dan ahora a muchas mujeres un seductor aspecto de dependientes de ultramarinos — u horteras, como dicen en castizo madrileño — y que, si por antiestéticas no me fueran odiosas, me lo serían por llamarse «a lo Valentino», o sea, «a lo estúpido máximo».

No obstante, no puedo continuar, en este artículo, ni por ese camino ni por otro, so pena de hacerlo interminable. Dejaré, pues, para un IV, ese arduo aspecto de la mujer futura, de la mujer que realice, si no en absoluto, porque el absoluto no existe, por lo menos aproximada y relativamente el tipo soñado, el tipo infinitamente variable y armónico de un nuevo eterno femenino.

AEP - CDHS
BARCELONA

IV

En los tres artículos anteriores, consigné ya mi opinión de que, en el presente orden social, no hay solución posible para el mutuo problema de los dos sexos.

La solución creo firmemente que está en lo que yo llamo individualizamiento; es decir, amor sin convivencia, amor mantenido perpetuamente en su grato período de primavera, renovado o no, según el gusto de cada uno. Amor de enamoramiento perenne, en el que cada posesión significaría una conquista nueva, un nuevo gaje, una nueva ilusión trabajada moralmente. Y, aunque esto parezca una enormidad, el amor, en esa forma, mantendría su fuego durante largos años; quién sabe si para toda la vida.

Y si no, demos una ojeada a la historia. ¿Cuáles han sido los amores eternizados, los amores supremos, los amores que han acompañado vidas enteras? Han sido siempre, siempre, los amores al margen de lo moral, los amores que eran el secreto, el tormento y el goce de aquellas vidas. ¿Qué matrimonio ha logrado eternizar su amor común, su amor cesado por la saciedad y la desilusión?

Balzac dijo ya que no hay amor que resista a un gorro de dormir y que es imposible salvarlo, en una mujer, ante un amante en trance de realizar una necesidad corporal. Este es el aspecto grotesco del amor, los momentos cómicos de la vida, que ni la misma postura heroica del amor puede borrar. Al margen de éstas, en el fondo nimiedades, hay luego todo un

proceso de descomposición moral, de lenta desfloración de ilusiones, que son la tumba del muerto amor.

Si Romeo y Julieta, los amantes de Teruel, cualquiera de esos cándidos enamorados que se suicidan porque las contrariedades o las fatalidades no les dejan unir, hubieran podido satisfacer su amor, al cabo de tres años de esa vida común tan ardentemente deseada, se habrían separado o hubieran sufrido el yugo del matrimonio como los millones y millones de seres que en la sucesión de los siglos han visto nacer y morir en ellos al amor.

Lo han visto nacer en la ilusión, en el período del misterio y del ensueño, cuando el amado y la amada son para nosotros *lo que nosotros queremos que sean*. Pero cuando una convivencia fatalmente asesina de la ilusión nos los muestra *cómo ellos son*, nos los muestra en sus debilidades, en sus defectos, sin apostura heroica, camino del retrete o con gorro de dormir, como decía Balzac, henos ya al borde de lo que será tumba del amor.

Ninguna mujer, en su período de enamorada, deja de ser dulce, de embellecerse, de procurar ser agradable. Ningún hombre, en el mismo período, deja de representar, lo mejor posible, su papel de héroe romántico. Moralmente, el amor, en su primavera, es siempre sincero y da bondad al que no la tiene; la agudiza, embellece todos los sentimientos del que ya es bueno por naturaleza. Pero, ¿quién es capaz de mantener esa tensión año tras año? Tensión que no se mantiene, que es espontánea, que es hija del propio amor. Y el amor sabemos ya cuándo termina. Termina cuando empieza el hastío. Empieza el hastío cuando muere la ilusión.

El problema del amor estriba, pues, en salvar a la ilusión. Y el problema del amor es el problema de la vida. De los 15 a los 50 años no hay ningún hombre

ni ninguna mujer que piense en otra cosa que en el amor. Piensa en él, hasta ocupando sus actividades en distintos órdenes de la vida; y, precisamente, cuanto más ocupa sus actividades es cuando más piensa en el problema del amor, o cuando más ha sentido sobre sí los dolores y las inquietudes que produce ese problema.

* * *

Es preciso, pues, salvar a la ilusión. Mantenerla latente, en tensión perenne, renovarla siempre en nosotros mismos y en los demás.

Las bestias, mucho más sabias que los hombres, saben salvar al instinto de la saciedad, saben conservar la libertad mutua; tienen ya, en una palabra, individualizado al amor. En épocas determinadas, la pasión, que en ellos es instinto, que en los hombres puede y debe adquirir trascendencia y majestad de amor, los junta. La saciedad da la medida de la duración del amor. Luego se separan, continúan sus vidas individuales, sus vidas que ninguna moral, ninguna ley, ninguna religión regula y que no les impiden ser solidarios entre ellos, respetarse mutuamente; que no impide a las hembras irracionales, como a las hembras humanas, criar tiernamente a los hijos de su amor.

El coro de las beatas, de los tartufos de todas las ideas y de todas las morales, quizá encontrará *immoral* esta simple moral que nos muestran los animales, en oposición a esa moral de que son víctimas y representantes esas madres infanticidas, esos moralistas que crean Inclusas y dan categoría de instituciones públicas a los lupanares.

Pero esta simple y pura y sencillísima moral que la Naturaleza nos señala en las otras especies, señalando con ello cuál es *la moral* del amor, es necesario saber

AEP-COLA
B
-LOVA

digerirla. Es decir, tener la cabeza fuerte, el pulso equilibrado, el cuerpo y el alma sanos para no emborracharse con ella. Además, mirarla desde un promontorio, contemplar al rebaño humano a nuestros pies y no hallándonos con él mezclados. La promiscuidad viciosa de las grandes capitales, mancha y tergiversa esta pura moral de la Naturaleza. Es preciso explicarla y aplicarla desde el campo, frente a la vida natural y armónica que palpita por doquier.

Y, ante todo y sobre todo, *saberla comprender*. Y, de acuerdo con ella, crearnos una nueva mentalidad, un nuevo punto de vista, una vida moral nueva, la autovivificación, la autocreación de la personalidad equilibrada y salvadora.

Antes de seguir adelante repetiré, una vez más, que el problema del amor necesita de la solución social. Necesita también de la solución masculina. Quizá, cuando termine estos artículos, escriba yo, si algún hombre no lo hace, otra serie que titularé «El hombre, problema de la mujer». Pero, de la misma manera que hemos de ser las mujeres las que decidamos sobre nuestra personalidad, las que nos autocreemos a nuestro gusto y voluntad, también han de ser los hombres los que decidan sobre sí mismos, los que traten y discutan su problema, tanto o más grave para la mujer de lo que es ésta para el hombre.

Porque, si para ese individualizamiento del amor es preciso contar con un nuevo tipo femenino, tampoco el tipo masculino corriente ofrece las condiciones precisas para llevarlo a cabo. La intransigencia, el brutal sentimiento posesivo, los celos, el amor absorbente e intolerante, son defectos más masculinos que femeninos. Defectos gravísimos, que sobran y bastan para declarar insoluble el problema del amor.

* * *

Pero mi propósito, propósito del que me desvío, era precisar, en este artículo, el tipo de lo que estimo debería ser la mujer futura.

Comprendo cuán difícil y casi, casi, cuán estúpida empresa es esta. Mas, una vez enunciada, no puedo, debo, ni quiero volverme atrás. Dije ya que prescindía de consideraciones apriorísticas; que exponía una opinión individual, sin ánimo de hacerla compartir por nadie. La mujer que esté conforme con ella, la aceptará; la que no lo esté, la rechazará. Me es indiferente. Carezco del prurito proselitista y cuando escribo, escribo antes para mí misma que para los demás.

Ante todo, la mujer debe convencerse de que el matrimonio legalizado o la unión libre, cualquier norma reguladora del amor y basada en la convivencia, es perjudicial para ella. Fatalmente, engendra el interés creado de la familia, y la familia sólo se basa en la *sumisión de uno de los cónyuges*. Lo repito, porque creo conveniente encasquetarlo en las mentes más reacias. El cónyuge sumiso casi siempre es la mujer, y, a pesar de que ello es sublevante, hablando con franqueza diré que es preferible a que sea el hombre. Políticamente, por el atraso femenino; en todo orden porque revela, antes que fuerza del carácter femenino, nulidad masculina, vergonzosa para la propia mujer dominadora.

Si, en casos relativamente frecuentes, se encuentran enfrentados dos caracteres enteros, el domicilio conyugal conviértese en campo de batalla donde riñen dos ejércitos que pactan armisticios condicionados e impuestos por las necesidades de la vida, las del cuerpo y las del alma. Desde luego, el amor está a mil kilómetros de tan ruidoso sitio y, si está cerca, contempla asustado la contienda y acaba por huir con su ceguera, su carcaj y sus flechas.

Con los hijos, las cadenas, lejos de dulcificarse, se

suedan. El dominado, lo es un poco más por el cónyuge triunfante. Si son combatientes, las batallas se crudescen y aumentan y varían de furia, siendo de ellas víctimas inocentes los hijos.

No obstante, situémonos en el mejor de los casos; trasladémonos a esos raros hogares donde reina la armonía; veamos esos perfectos matrimonios burgueses o esos modelos de uniones libres. En ellos tendremos que apreciar la serenidad, el buen carácter, el sacrificio y la renunciación de las parejas. En los casos más óptimos, las inmejorables condiciones morales de los dos cónyuges. Pero, el amor, el amor propiamente dicho, ¿lo encontraremos? Imposible. Será cariño, identificación, afinidad, cualquier cosa que haga tolerable y hasta agradable la convivencia. Amor, nunca. El amor murió ya; tuvo reflorecimientos tardíos al nacer los hijos, se fundió en ellos para siempre y murió dulcemente entre dos besos.

De cualquier forma que lo miremos, la unión a base de la convivencia es contraproducente, tanto para la mujer como para el hombre. En el mejor de los casos, es un contrato social, un apoyo mutuo, que no tendrá razón de ser en una sociedad que suprima la lucha del hombre contra el hombre, que dé a todos los seres según sus necesidades y que respete ante todo y sobre todo la libertad del individuo.

Es más: no tendrá razón de ser en esa sociedad y empezaría a no tenerla en la presente, si las mujeres quisiéramos, si tuviésemos bastante personalidad para sobreponernos al medio, bastante despreocupación para despreciarlo y bastante energía para conquistar nuestro derecho.

El obstáculo embarazante son los hijos. Habrá quien lo solucionaría, suprimiéndolos. No soy yo de esa opinión. Los hijos representan mañana la garantía sentimental, y en esta sociedad también económica, de

nuestra vida. Mujer sin hijos es árbol sin fruto, rosa sin rosas. La cuestión está en saber ser madre y serlo consciente y voluntariamente. Para este aspecto, me remito al claro y generoso juicio de María Lacerda de Moura sobre la maternidad consciente.

La primera condición en que ha de basarse la nueva personalidad femenina es la salud del alma y la del cuerpo. Sobre ella ha de consolidar la mujer el edificio de su personalidad, de su fuerza creadora mental y física, de su sensibilidad, de su amor a lo bello y a lo bueno, del sentimiento de su dignidad y del uso y disfrute de una libertad que nada ni nadie han de enajenarle.

Es imposible que, de golpe y porrazo, por generación espontánea, surja la mujer de nuestros sueños. Pero imaginémosnos un tipo *autocreadeable* de mujer.

Una joven de 23, 24, 25 años. Profesión cualquiera, desde la fábrica al trabajo del campo, pasando por la oficina y el magisterio. Por su sueldo, susceptible de independizarse. Con familia o sin ella, Inteligente, sana, equilibrada, capaz, en un palabra. Por encima del medio ambiente; con un programa o una ilusión amorosa superativa — porque es cosa sabida y que repito y repetiré siempre: el que es vulgar en amor lo es en todo aspecto de la vida. Esta mujer puede, quiere y debe *vivir su vida*. No vivir una vida artificiosa, morbosa, de histérica obsesionada por el deseo sexual, sino la vida plena de la salud y del optimismo, la vida creadora y desbordante de la Naturaleza. Esta mujer quiere, puede y debe encontrar un hombre digno de ella. Seamos también optimistas y hagamos que lo encuentre. Un hombre que, como ella, se sobreponga al medio, vive su vida, respeta y quiere conservar su libertad inalienable. El amor, en dos seres de tan espléndida naturaleza, habrá de ser una cosa nueva y exquisita, una floración perenne de ilusiones, un per-

ASP - CDHS
BARCELONA

petuo descubrimiento de valores y matices nuevos. ¿Y habremos de permitir que el amor muera entre ellos, asesinado por el hastío; que el amor no tenga ausencias y reposos para renovarse, para saturarse de ansias nuevas, de nuevas inquietudes, de visiones nuevas, con que descubrirse mutuamente los mutuos tesoros?

No debemos permitirlo. Ellos, tan celosos de su libertad, jardineros cultivadores de la rara y preciada flor de la ilusión, no lo permitirán tampoco. Y sabrán mantener al amor en su período de enamoramiento perpetuo, harán que cada posesión sea una conquista nueva, una nueva ilusión trabajada moralmente. Y el amor, entre ellos, será capaz de ser fiel y hasta de prolongarse largos años, porque no dejarán crecer la flor venenosa del hastío y el amor no podrá morir entre dos besos.

Para esta mujer que se valga a sí misma, que desprecie y se sobreponga al ambiente, los hijos serán la florescencia delirante de la pasión tan cuidadosamente alimentada.

Ellos consolidarán su vida; serán cauce donde desbordarse. Para el hombre, serán un amor nuevo, también renovado, mantenido latente, lazo, no cadena, donde los mutuos esfuerzos podrán unirse sin sumisión ni humillación por ninguna de las partes.

¿Y el problema de la educación y propiedad de los hijos; la situación del padre ante ellos; la situación mutua de ambos padres ante otros amores surgidos al margen o después del amor suyo? ¿Y ese otro problema, aun palpitante, de los celos?

Todo esto procuraré tratarlo en otro folleto, acabando de trazar *mi figurín* de mujer y haciendo alrededor de tan complejo tema algunas consideraciones que también creo precisas.

AEP - CDHS
BARCELONA